

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

La mancha[the stain]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Skármeta, Antonio
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-06-21 04:15:46
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222325

La mancha: Cuento con introducción de Sebastián Bello

Skármeta, Antonio

Antonio Skármeta: Escritor Chileno.

DE LOS DEBERES

¿DEL LADO DE ACÁ?

Para algunos puede resultar un poco extraño - quizá la gran parte de este número de *Nueva Sociedad* así lo sea - que en una revista dedicada fundamentalmente al análisis de realidades políticas, sociales o económicas, aparezca un cuento. Más aún si este es infantil. Pero Antonio Skármeta, y muchos con él, no cree en los compartimientos absolutos cuando se trata de luchar en contra de una dictadura feroz. Por eso, "desprevenido lector" deje su extrañeza a un lado.

¿Pero por qué este es un relato infantil? O mejor preguntar: ¿por que Skármeta elige esta forma para imaginarse una realidad? Muchas páginas se han escrito acerca de la responsabilidad del escritor. Innumerables han sido los congresos, las conferencias, los encuentros donde el tema se ha abordado. Historiarlos sería largo y tedioso. Pero frente a situaciones como las que vive gran parte de América Latina hoy, las voces de sus escritores son la respuesta a la exigencia que sus pueblos cotidianamente les hacen. Es verdad que esto no es nuevo. Bastaría una rápida ojeada a la historia latinoamericana, a partir de la época independentista, para comprobar que en las luchas por la liberación siempre han caminado juntos pueblos y escritores. La muerte, la cárcel, la tortura, el exilio han sido, y lo son, las respuestas que las dictaduras les han dado.

Pero, de nuevo, ¿por qué un cuento infantil? Hay muchas formas de contar la historia. Son demasiadas las preguntas que saltan día tras día, de pequeñas bocas, para tratar de comprender una lejanía que no entienden. Un niño que se ve abrupta y violentamente sacado de su **habitat** natural, trasladado a un espacio extraño, donde no siempre comprende lo que le dice otro niño de su misma edad, hace preguntas, necesita saber. ¿Por qué? ¿Qué pasó? Es verdad que siente la solidaridad, pero le cuesta entender lo acaecido, más aún si él mismo era parte fundamental de una experiencia que compartía con sus padres, con sus hermanos, con sus amigos, con sus compañeros. Por eso Antonio Skármeta ha escrito este

cuento. Es posible que ahora sólo lo puedan leer los niños chilenos que viven en el exilio, pero llegará un día en que estará en un libro de lectura de todos los niños chilenos. Será otra forma de contarles la historia.

Antonio Skármeta, como la gran mayoría de los escritores latinoamericanos actuales, asume su deber frente a la trágica realidad que vive su pueblo. Como narrador en **Soñé que la nieve ardía**, como guionista cinematográfico en **Reina la tranquilidad en todo el país**, como autor de radioteatro en **La búsqueda**, emplea todas las posibilidades que puede darle el lenguaje para dar cuenta de esa realidad. Este cuento infantil, **La Mancha**, es otra muestra de los múltiples caminos literarios que se pueden recorrer para llegar a un mismo destino: el derrocamiento de la dictadura fascista chilena.

¿DEL LADO DE ALLÁ?

Pero si en alguna medida se puede dar cuenta de las actividades que desarrollan los intelectuales chilenos en sus exilios forzosos, ni ellos ni ningún otro chileno en la misma situación, pierden de vista lo que está sucediendo en el país.

Hacia fines del año pasado, auspiciadas por la Universidad Católica, se realizaron las jornadas sobre "El libro y la cultura". El solo calificativo que le dieron algunos de los participantes a la situación que se vive - "apagón cultural" -, ya da una idea de esa realidad. Para hacerla más patente, basta reproducir algunas cifras. De 1.497 títulos publicados en 1965, se ha llegado a una producción, en 1975, de sólo 618 títulos; de 12.000 dólares gastados en 1969, en importación de libros y revistas, se llegó en 1976 a sólo 3.400. Si a esto se agrega el alto precio de los libros (300% más que en EE.UU.) por una parte, y el constante deterioro en el poder adquisitivo de la mayoría de la población, por otra, no es difícil concluir que en Chile cada vez se lee menos. Por cierto, y por razones obvias, en los trabajos presentados no se hizo mención al gran desarrollo que tuvo la industria editorial durante el gobierno de la Unidad Popular. (Ver artículo de Ariel Dorfman).

Pero no sólo se dio cuenta de estos hechos. Hay otros de igual o mayor significación. Se detectó un serio deterioro en el manejo del lenguaje, especialmente por parte de la juventud. Los elementos, a juicio de los participantes, son las causas fundamentales: los medios de comunicación y la educación. Si se piensa que ambos están totalmente controlados por la junta militar, no es difícil concluir quién es el verdadero responsable de esta situación. Junto a un chauvinismo delirante, se ha estimulado la introducción de términos extranjeros que aparentemente da la idea de vivir en un país lleno de libertad.

A este problema se suman varios, tales como la dramática realidad de las universidades, el éxodo constante de profesionales, la diáspora de escritores y artistas, las restricciones presupuestarias al campo educativo: pero, sobre todo, a la falta de un espacio crítico, esencial para que se desarrolle una vida cultural plena. Por supuesto, esto no sólo no le interesa a la dictadura, sino que su esquema "social" está en los antípodas de esa posibilidad. Como muy bien señala la revista **Mensaje**, al analizar el tema, "Toda la política económica está privilegiando y ofreciendo al país y a las nuevas generaciones un estereotipo social que se caracteriza por el lucro, la competencia, el individualismo y el alto nivel de consumo". Este hecho tiene, por cierto, una influencia determinante en el desarrollo cultural del país.

La cultura es algo colectivo. Es el resultado de la historia de un pueblo, es la forma como ese pueblo le da significación a su propio destino. Por lo tanto, no es fácil destruirla. Se le podrá acallar momentáneamente, pero no sepultarla. De ahí que, frente al llamado "apagón cultural", el pueblo chileno busca constantemente formas de expresión. A la labor individual, secreta muchas veces, de un escritor que sabe que su producto algún día se integrará a la totalidad, se van sumando otras de participación masivas.

Frente a la "política cultural" de la junta, que se puede resumir en una frase: "no piense, y menos piense en conjunto", se crean los medios para contrarrestarla. Como señalaba un artista que vive día tras día esa experiencia, se trata en estos momentos de "conquistar la superficie palmo a palmo". Una suerte de teoría de los topos. Aparecer y desaparecer; vivir un poco al día, pero dar pasos seguros. No es fácil tener constantemente encima el real fantasma de la represión. Pero con esa política se van ganando espacios, espacios críticos que son verdaderos respiraderos.

En este sentido, dos son los medios que hasta el momento, han permitido, por lo menos a parte del pueblo chileno, volver a "pensar juntos": el teatro y los festivales de la canción. Por el primero, a través de creaciones colectivas, se ha ido forjando un lenguaje crítico ante la realidad circundante. Por el segundo, la juventud ha tenido la posibilidad de cantar y escuchar, no sólo aquella música que constituyó una verdadera vanguardia en América Latina, sino otra que da cuenta de lo que sucede en las calles, en los hogares, en las poblaciones. Miles son los que se reúnen en teatros, iglesias, comedores populares para participar en estos festivales de la canción. Sus letras son simples, pero basta que se diga que "el amor sólo puede florecer en libertad", para que la reacción del público se manifieste con gritos y

aplausos. ¿Qué entrega la junta fascista como alternativa? Un decadente y elitista Festival de Viña del Mar.

Es verdad que existe un "apagón cultural" en Chile. Más aún si se piensa en todo lo realizado durante el gobierno de Salvador Allende. Los militares fascistas podrán mostrar una ciudad "limpia y ordenada", pero ninguna expresión cultural del pueblo chileno. En cambio, paso a paso, se va conquistando una superficie. De ahí que también deben abrirse otros caminos para la solidaridad con el pueblo del sureño país.

TODOS DE UN MISMO LADO

Estas líneas comenzaron con un cuento infantil, con la creación individual de un escritor que comprende y vive la realidad de su pueblo. El está **acá** físicamente. Aquellos que luchan por mantener y revitalizar la cultura chilena **allá**, se unen con Skármeta y muchos otros que, permanentemente, tienen en su hacer cotidiano esa misma meta. Por eso la verdad es que todos están en un **mismo lado** y todos han asumido sus deberes. Para los otros, para esos que se han transformado en testaferreros y censores, en delatores y yanacónas, sólo quedará el desprecio de un pueblo y el olvido de la historia. Pero antes que el olvido, deberán dar cuenta de sus actos.

Sebastián Bello

LA MANCHA

Había una vez un planeta que era una mancha.

Una mancha larga y flaca que destacaba entre la Vía Láctea. Los colegiales reiteraban en sus lecciones de cosmología: existen astros, planetas, estrellas, luceros, burros que vuelan, pegasos, aerolitos, cohetes. aviones, volantines, globos del tiempo de los abuelos, cometas, zepelines, y La Mancha.

El profesor decía:

Es una mancha espesa, imborrable e intolerable.

Y tragaba saliva y discutía otros temas: los once satélites de Júpiter - los anillos de Saturno, el silencio de Urano.

- Quiera Dios que La Mancha nunca nos contagie - suspiraban los niños.

Nunca nadie habría conocido detalles de La Mancha si no hubiera sido porque muchos nativos de aquel planeta alcanzaron a fugarse cuando la mancha se dilataba sobre ellos, rápida como la sombra de un galgo. Los hombres de La Mancha llegaban sudorosos, melancólicos, con agujeros enormes en los hombros y en las piernas, inestables, envueltos en una aureola que los ponía pálidos e intensos. La gente no resistía las ganas de abrazarlos. Los obreros de todos los planetas inflaban sus pechos poderosos y mientras los cobijaban en ellos, alzaban sus puños como árboles florecidos e indicaban con un dedo furioso y amenazante más allá de los océanos y del viento, donde La Mancha se extendía descarada. Las mujeres secaban las lágrimas de los niños fugitivos y les enseñaban las palabras claras y luminosas de los astros. Palabras como "aire", "pan", "compañero".

A La Mancha la gobernaba un señor suntuoso, fastuoso, grandioso, Augusto, majestuoso, mayéutico, ceremonioso, enfático, fanfarrón, farsante, farolero, baladrón, fante, aparatoso, pomposo y opulento que resumía sus virtudes en su propio nombre: "EL Oscuro".

El pueblo de La Mancha era, en cambio, suave, cordial, sencillo, afable, humilde, tierno, querendón, ahuachado, reservado. discreto, modesto, amable y sincero. Muchos de ellos tenían antes abiertas estrellas en las miradas, que ahora constantemente disimulaban. Eran unos diminutos astros en las pupilas conocidos en la galaxia como los "futuras". Los futuras brillaban en los dormitorios, en las escuelas, en los comedores, en los parques, en las oficinas, en las fábricas. A veces se juntaban cientos de miles de habitantes y marchaban por las calles del planeta cantando y por todo el universo se esparcía el parpadeo maravilloso de tantas pupilas juntas.

Los diarios del universo decían: "Esa gente tiene estrella en la mirada".

Y la bandera del planeta también tenía una estrella.

El Oscuro, sin embargo, padecía estos resplandores cubierto por los vidrios azabaches de sus lentes. Cuando el pueblo salía a las calles a celebrar su respiración, a cantarla, El Oscuro se refugiaba en barracones y cuarteles murmurando:

- Me hieren, me abruma, me enceguecen.

- No se puede tapar el sol con la mano ni apagar las miradas como si fueran velas.

- Yo no puedo, pero sí mi espada - decía.

Y acariciaba su carnívoro filo de ébano. Soñaba que un día su abundante canto caía sobre el planeta igual que una mortaja, mientras digería sus manjares predilectos: sopas umbrías, carnes ahumadas, vinos lúgubres y postres tétricos. Rumiaba largas digestiones en compañía de hombres opacos que le traían miles y miles de papelitos verdes que El Oscuro apretaba suspirando su olor largamente. Nada le gustaba más a El Oscuro que los papelitos verdes. Cuando los hombres opacos golpeaban las aldabas de su cuartel, aún antes de saludarlos clavaba sus lentes en los precisos maletines y preguntaba:

- ¿Me habéis traído papelitos verdes?

- Abundantes.

El Oscuro los ponía ordenadamente en la mesa de estrategia y sin variantes reclamaba:

- No bastan.

Los señores opacos se consultaban, extendían lánguidas miradas hacia la calle, donde el pueblo resplandecía, y cubriéndose los ojos con las palmas de las manos, replicaban lagrimeando:

- Hemos tenido que repartir papelitos a mucha gente: a los camioneros para que no carguen verduras, a los médicos para que no curen a los enfermos, a los dinamiteros para que vuelen los puentes, a los almaceneros para que bajen sus cortinas metálicas. Todos, todos, desean nuestros papelitos verdes. Usted no es el único que los ama, Generalísimo.

- Me enfermo - tosía El Oscuro. Sin los papelitos verdes soy un árbol sin hojas, un baile sin música, un oso sin miel, un culo sin agujero.

- No es para tanto - lo consolaban. Y le decían: - Anímese, Bienhechor. Esgrima ya su espada negra y cubra el planeta. Imagínese. Sería una gloriosa tiniebla, volarían sólo los cuervos con sus torvos aleteos, regaríamos la tierra de petróleo, la leche parecería un zumo azabache. Piense que todos los niños que toman cada día medio

litro de esa leche blanca mañana también tendrán estrellas en las miradas. Nuestro planeta destellará. El universo se contagiara de luz. ¡Los fríos se entibiarán, los tibios se calentarán, los calientes arderán! ¡Saque ya su espada negra!

- Tal vez - decía El Oscuro. Tráiganme otro poquito de estos papeles verdes. Tráiganme grandes y pequeñitos.

- No podemos aguardarlo más, Esperanza Nuestra. Los ojos de esa gente están en ascuas. Andan abrazados en las fábricas, bajan cantando los boquerones de las minas.

El Oscuro se apretaba largamente las sienes procurando parir un pensamiento. Finalmente, entre atroces cefaleas, lo emitía temblando feliz de su omotocia:

- Son demasiados - decía. Mi espada no alcanzará a teparlos a todos. Se esparcirán como hormigas. Serán luciérnagas en la noche. Y además - hizo una pausa grande como el baúl de papelitos verdes -, ¿qué dirán los otros planetas?

Los opacos le golpeaban cordiales los omóplatos:

- ¡Lo celebrarán como un héroe cósmico! ¡Lo invitarán a confusas giras por la Vía Láctea! ¡Será huésped de honor en los funerales de cadáveres españoles! ¡Usted será recibido por reyes, emperadores, y hasta algunos asiáticos le obsequiarán arroz y papelitos verdes! Usted inscribirá su nombre en la página más negra de la galaxia.

- ¡Me tientan, malditos! ¡Juro que me tientan con sus papeles verdes y sus sinuosos razonamientos!

- ¡Meta espada, entonces! ¡Opáquelos! ¡Apáguelos!

- ¡Me con' que lo hago! - rugió. ¡Me con'!

- ¿Cuándo, cuándo? - se levantaron los opacos extasiados.

- Eso lo consultaré con mi espejo.

- ¡No pierda más el tiempo! ¡Díganos ahora cuando! ¿Cuándo? - dijeron haciendo sonar los huesos de los dedos.

- Para la primavera - reventó El Oscuro. ¡Les juro que no quedará luz ni para alumbrar una uña! Pero júrenme que me cubrirán de honor y papelitos verdes.

Los opacos engolaron las gargantas y dijeron:

- ¡Juramos!

- No, así no. Júrenmelo con la mano sobre los corazones.

Los opacos se palparon el cuerpo con desesperación. Tantearon gargantas, nalgas y sobacos. Se pulsaron sus orejas, sus hoyos de las narices y el ombligo. Se miraron desconcertados, y preguntaron a coro:

- ¿Dónde dice que dijo?

- ¡El corazón! ¡Tarúpidos, escuetos, febles!

- ¿El corazón? - preguntaron, tragando abundante saliva.

El Oscuro se llevó violentamente la mano al pecho y constató su consistencia:

-Aquí - dijo. Vengan. Pongan sus orejas en este pechito y van a oír algo maravilloso.

Se acercaron uno a uno y conteniendo la respiración auscultaron la masa frontal de El Oscuro.

- ¿Y? ¿Qué les parece? - inquirió éste.

- Suena muy lindo - dijeron. Es un silencio sideral, perfecto.

- Bullicioso como un adoquín - precisó uno.

- ¿Cómo? ¿No hace acaso tic-tac?

- ¿Tic-tac?

- ¿Sí, así como un relojito?

- No, prohombre. Suena tanto como esta mesa.

- Bueno - dijo El Oscuro. Ahora cambiamos de tema y jugamos al "Córrete a un lao". Yo les digo "hasta luego" y ustedes me dicen "chao".

- Chao - dijeron los opacos.

En la puerta del cuartel se detuvieron y murmuraron:

- El Oscuro es imprevisible. Ahora tiene fantasías románticas.

Cuando llegó la primavera los habitantes se congregaron ante el Palacio del Sol y lanzaron vítores y bailaron muchas horas. El planeta parecía una brasa. La gente lucía linda como una brisa. Había tanta luz que algunos llegaban a levitar. Tenían que abrazarse para no encumbrarse como volantines. Mustio, El Oscuro miró los festejos, acorazado en sus lentes negros del grosor de un culo de botella.

- ¿Qué le parece la celebración? - le preguntó el presidente del planeta, en el balcón del Palacio, mientras agitaba su brazo como una inmensa bandera sobre su pueblo.

- Deslumbrante - se sorprendió diciendo el General.

- Somos millones - sonrió el presidente. E intentando precisarle los ojos tras los metálicos lentes, le preguntó:

- ¿Es usted fiel a su presidente y a su pueblo?

- Como un perro - dijo El Oscuro llevándose la mano a su ausencia.

A la madrugada siguiente, cuando la ciudad dormía y los esposos y amantes aún se acariciaban entre las sábanas y los niños soñaban con pájaros cantores y veleros y gaviotas en la playa, El Oscuro decidió entrar a las páginas de la historia cósmica. Junió tanques, helicópteros, cohetes, aviones, metralletas, pistolas, onagros, fusiles, ballestas, casquitos y boleadoras y bombardeó, horadó y trituró el planeta hasta que éste quedó envuelto en una nube de humo como Saturno en sus anillos.

- ¿Qué les parece? - preguntó a sus consejeros.

- Tétrico - se regocijaron los opacos. Ahora saque la espada y cubra al planeta para siempre.

Alzó El Oscuro el arma, por última vez sufrió los resplandores del sol crepuscular, y calzó la espada entre el cielo y la patria con la exactitud de un cronómetro. Cuando la oscuridad fue perfecta, levantó sobre las cejas sus lentes y se limpió con el dorso de la mano las pesadas gotas de transpiración. Mientras se embriagaba con el humo de las casas chamuscadas, de las hogueras con páginas de libros, de las piras con flores y estrellas, los astrónomos de la galaxia entera temblaron en sus observatorios.

- ¡Ha surgido un planeta espantoso!

- llamaron a los diarios.

- ¿Qué forma tiene?

- La de una daga.

- ¿Cómo se mueve?

- Al revés. Retrocede.

- ¿Cómo se llama?

- La Mancha - opinaron al unísono. Es un planeta que se comporta como un satélite. Tiene el color de un muerto, la textura de un cadáver, el olor de un occiso, la gravedad de una tumba, la hondura de un sepulcro, el silencio de una fosa.

Los ministros de relaciones galaxiales promulgaron:

- Ese planeta es apocalíptico.

Los soles y los astros declararon:

- No mantenemos relaciones diplomáticas ni carnales con La Mancha.

- La Mancha no nos concierne - susurraron los planetas grises.

- Se pudrirá solo como una fruta amarga - sentenciaron los profetas.
 - Se alejará hacia el pasado, tieso, rígido y gélido - escribieron los navegantes.
 - Excelencia - plantearon los opacos. La galaxia nos boicotea. No nos dan las buenas días ni las buenas noches. No nos dicen chus ni mus, no nos palmotean los omóplatos ni nos nutren con papelitos de los otros.
 - Pero papelitos verdes aún tenemos.
 - Abundantes.
 - Entonces...
 - La cosa es grave. Nos bautizaron "La Mancha".
 - No es mal nombre, caramba.
 - También le dicen "La Concha de la Lora" y "El Culo del Mundo".
- El Oscuro calmó su ira hundiendo un meticuloso dedo en un hoyo de su nariz.
- Y a mí, ¿me han puesto nombres?
 - Oh, sí, Excelencia. Apodos, apodos.
 - Díganme algunos.
 - Cariñosos.
 - Denme un ejemplo.
 - Nombres de animalitos.
 - Me enternezco. Ya pu'. Díganme uno para complacerme.
 - Bueno, lo llaman... "Monito".
 - ¿Monito?

- Bueno... "Monito" exactamente no. Un monito grande. Un poco más crecido.

- ¿Un monito grande? ¡Crestas! ¡No acierto!

- Sí, de este tamaño. Un "gorilita", digamos.

El Oscuro se atronó el pecho con ambos puños.

- ¿Y si les declaramos la guerra?

Los opacos se mascaron ruidosamente las uñas.

- No podemos. Hemos matado demasiada gente y el ejército tiene que vigilar a los que quedan.

El Oscuro se agarró la cabeza revolviéndose en su asiento, víctima de dolores y espasmos.

- No me interrumpan - jadeó. Estoy concentrándome porque creo que me viene una idea.

Los opacos asistieron a las convulsiones, hasta que El Oscuro emitió variadas y olorosas emanaciones, concluyendo:

- ¡Lo tengo! Díganle al ejército que maten a los que quedan, menos a los militares. ¡Tendríamos un planeta férreo y disciplinado! ¡El paraíso del que tanto hablábamos!

- Apreciamos su estrategia, Supremo Nuestro. Pero no es viable.

- ¿Cómo? ¿Se atreven a contradecirme?

- ¡Eso nunca! Aportamos un elemento de juicio: si los matamos a todos no habrá quién trabaje en las fábricas, ni quién siembre en los campos.

- Sí, pu'. Ustedes que son pillos, ¿ah?

- Ni profesores que enseñen, ni niños que aprendan.

- En fin, ¿cuál es su sugerencia?

- Matamos algunos de vez en cuando. A veces por si las moscas, y a veces por si acaso. Al resto los metemos presos. Después soltamos los presos para que vayan al trabajo, metemos otros nuevos adentro, y así vamos tirando.

- Perfecto - exclamó El Oscuro. Y ahora comamos que tengo hambre. ¿Cuál es el menú?

- Bananas.

- Señores, ¡Buen provecho!

Entretanto, los hombres con estrellas en los ojos transitaban sigilosos por las penumbras cubriéndose la cara. Se juntaban en esquinas arriesgadas, intercambiaban señas en los buses, se codeaban en las fábricas, rayaban muros veloces con palabras que decían: "La luz volverá".

- Sin El Sol será difícil - murmuraban las madres sorbiendo desgastadas sopas. Y caían sobre los fideos lágrimas pesadas e incesantes.

- No lloren - decían los más luminosos. Haremos entre todos una hoguera tan enorme que espantará las sombras. Jamás volverá la penumbra a nuestro planeta. La oscuridad quedará aislada de la galaxia como una peste.

Los más viejos miraban con sus pupilas tenues las centellas de sus hijos y bajando la cabeza les decían:

- Cuídate.

- Excelencia - se presentaron los opacos. Tenemos un problema incommensurable digno para que su encéfalo lo trabaje.

- Halagedores, zalameros - protestó El Oscuro, frotándose la mandíbula. A sus espaldas había un cuadro con su efigie, donde cruzado de brazos clavaba sus lentes en el universo.

- Los muertos que hemos matado no dejan de brillar. Se les apaga todo lentamente, pero la estrella de los ojos no se les va.

- ¡Palurdos! Bájense los párpados.
- Lo hemos hecho. La estrella les perfora la piel y se eleva. En las noches sus tumbas aparecen llenas de flores.
- ¡Menguados! Suban el precio de las flores y bajen los sueldos.
- Las flores les brotan alrededor de sus cuerpos.
- ¡Bobos! ¡Caven las tumbas más hondas!
- Mientras más profundas más destellan.
- ¡Arrójenlos al río!
- Las aguas refulgen como si arrastraran diamantes. Los pájaros traen en sus picos estrellas de otras galaxias. Están en todas partes. Los curas rezan para que la luz vuelva.
- ¡Excomúlgelos!
- ¿Con qué derecho?
- ¡Ustedes me ungieron Presidente! ¡Con el mismo derecho, nómbrame Papa!

Los opacos se retiraron abrumados a deliberar en sus mansiones. Lanzaron un edicto mediante el cual a los guitarristas se les quebrarían las manos, a los ciclistas les fracturarían las caderas, a los ancianos les confiscarían los bastones, a los dentistas les romperían los molares, a los amantes les arrancarían las lenguas y a los soldados les subirían el sueldo.

Entonces los obreros y los campesinos invadieron las iglesias con los recién nacidos en sus brazos y arrimándose a la pila bautismal, le pedían a los curas:

- Póngale "Sol" al cabro, padrecito.
- Llámemelo "Lucero" al guagüito.
- Que sea "Luz María" la chiquilla.

- Y a mi ahijada póngale "Alba".

Los opacos acudieron al pupitre de El Oscuro nimbados en una tenue melancolía.

- Redentor - le plantearon. La galaxia no nos comprende. Los niños arrancan las hojas de sus libros de Cosmología donde figura nuestro planeta. Los gobernantes tosen y se desmayan cuando los visitan nuestros diplomáticos. ¡Debemos mejorar nuestra imagen!

- Bien - dijo El Oscuro. Esta noche dejen en libertad a trescientos presos y publiquen fotos en todos los diarios de la galaxia. Además mostraremos al mundo una nueva imagen. Inviertan el planeta de modo que lo que está parado quede acostado, y lo que está acostado, tieso.

- Padre del Planeta, no lo alcanzamos. Ante su sapiencia nuestras mentes se confunden.

- Miren, bolitrancas. Esto es lo que corresponde hacer.

- Tomó un pliegue de cartulina y un grafito, y concibió el siguiente diseño:

- Diganme, ahora. ¿Qué es lo que ven aquí?

- Pues - aseguraron patrióticamente los ministros - ¡La Mancha!

El Oscuro los pinchó con una mirada que les agotó el aliento:

- Nuestro amado planeta - rectificaron.

- ¡Descueve! - celebró El Oscuro. Y untando la punta del lápiz con su amarga saliva, plasmó la siguiente figura asomando la lengua entre los dientes:

- Desde mañana mejoramos nuestra imagen interplanetaria ¡Me colocan el planeta así!

Los opacos brincaron de sus asientos y le tributaron una larga y sentida ovación. El Supremo los calmó con parsimoniosos movimientos de sus velludas manos para rematarlos en un dedo severísimo:

- Señores, ¡austeridad! Desprecio los halagos y zalamerías. Cumplan lo dispuesto y envíen naves a todos los rincones de la Vía Láctea para ver cómo reaccionan ahora nuestros críticos acérrimos.

Presto se publicó un edicto que convocaba a todos los militares que estuvieran dispuestos a seguir "un curso intensivo de mirar a los ojos". Acudió lo mas granado de los cuarteles. El ministro de Relaciones Interplanetarias apenas contuvo el júbilo cuando uno de ellos exclamó:

- ¡"Ojos" van sin "h"!

Determinose entonces que el agudo militar viajara sin otro trámite a los países de los planetas más influyentes. Ordenose que se invirtiera la posición del planeta, llenose sobres con papelitos verdes para repartir a los periodistas en los bares, y condimentose y devorose una sopa umbría a la espera de la reacción cósmica.

Cuando el enviado especial retornó a Lugubrel, el aeropuerto donde aterrizaban los aparatos de Lanegra, línea dilecta de los acérrimos satélites, asistió El Oscuro vestido de civil con un clavel en el ojal.

- ¿Cómo nos fue? - increpó al emisario, espantando los flashes de los reporteros gráficos.

- Más o menos - dijo éste.

- ¿Más menos que más o más más que menos?

- Más más que más, porque todo el cosmos advirtió el cambio.

Una gota de golosa saliva se deslizó por la comisura izquierda de los labios de El Oscuro.

- Más menos que menos - prosiguió tímido el delegado - porque los periodistas de la galaxia no entendieron la magnitud del espectáculo.

Y abriendo sus alforjas desplegó los titulares de la prensa universal:

"El Sol" titulaba: "La Mancha cambió de ubicación. Gobernantes payasos intentan pirueta cósmica".

El doctor "Crepúsculo" escribía: "Nuevo planeta resultó ser la ignominiosa Mancha. Faramalla exhibe su costado más oscuro".

El popular "La Chunga" definió: "La Mancha cada vez más chueca. La misma mierda y las mismas moscas".

El Oscuro sintió que el nudo que se le apretaba en la garganta era casi profético.

- ¡Expúlsenme del territorio a los corresponsales de esos diarios! - bramó.

- ¡Ya lo hicimos el año pasado!

- ¡Declaren entonces ilegales a los cristianos, a los protestantes, a los musulmanes, a los rosacruces, a los teosofistas, a los carboneros y a los vegetarianos!

- ¡A la orden, Excelencia! - dijeron.

- Y al Enviado Especial me lo condecoran y me lo nombran ministro de Relaciones Exteriores.

- Perdón - dijo éste, con una sonrisa discreta -, pero el cargo está en funciones.

- ¿Quién lo ejerce?

- ¡Yo mismo, Supremo Nuestro!

- ¡Bien! Procure entonces caerse esta noche en un helicóptero. Yo asistiré personalmente a sus funerales.

Emprendió entonces una carrerita de gallina hasta sus aposentos, mientras a su alrededor comenzaba a surgir la gente y desde las ventanas de los edificios titilaban señales. Tomó firmemente su espejo entre los brazos y jadeando comenzó a correr hacia el aeropuerto. En la mitad de la plaza se detuvo exhausto y apoyó su espejo sobre los restos de un árbol seco que años atrás sus aviones habían bombardeado. A punto de enceguecer, alcanzó a percibir que el pueblo venía envolviéndolo como una aureola que lo asfixiaba. Limpió con su manga engalanada la superficie del vidrio y le dijo:

- Espejito, espejito: ¿Cómo voy?

- Cada vez peor.
- ¿Pa qui o pa' llá?
- Siempre pa'trás.
- ¿Qué es lo que me espera?
- La condena.
- ¿Estás seguro?
- Tal vez un nudo.
- ¿Una cinta en el pelo?
- Una rosa en el cuello.
- ¿Es buena tu información?
- Quizás el pelotón.
- ¿Y qué es lo que brilla?
- Los ojos de las chiquillas.
- ¿Qué es lo que deslumbra?
- Los ojos que suben desde las tumbas.
- ¿Qué es lo que destella?
- El pueblo que entra en guerra.
- ¿Qué es lo que ahora siento?
- Miedo.
- ¿Los que atacan son pocos?

- Todos.
- ¿Y yo con qué cuento?
- Con los dedos.
- ¿Dónde están mis soldados?
- Asustados.
- ¿Cómo es mi destino?
- Conflictivo.
- ¿Me queda alguna treta?
- Hacer la maleta.
- ¿Qué rumbo emprendo?
- El del infierno.
- ¡Dame una alternativa!
- La otra vida.
- ¡No! ¡Una en la galaxia!
- Tiro de gracia.
- Y Sudáfrica, ¿no vale la pena?
- Allá la cosa se puso negra.
- ¿Otra solución no hay?
- Una chacra en Paraguay.
- ¿Y los papelitos verdes?

- Te servirán siempre.

- ¿Y si tú me delatas?

- No meteré la pata.

- ¿Y si tú me acusas?

- ¡Me sacas la chucha!

- ¿Y si te quiebro mejor?

- ¡Hasta la muerte traidor!

Entonces El Oscuro levantó los brazos y agarrando la cacha de la espada con que cubría el planeta, la estrelló contra la superficie del espejo. El vidrio se astilló en millones de pedacitos y cada uno de ellos multiplicó mil veces la luz del sol que inundó la plaza y el planeta. El cielo se encendió en diamantes, y como si toda la naturaleza volviera a ser un pulmón que exhalara e inhalara, los pájaros trinaron, las nubes se desgarraron, las brisas levantaron vuelo entre los árboles, y el pueblo se acercó curioso a los restos chamuscados de El Oscuro esparcidos en el pasto. Unas moscas pocas revoloteaban entre sus ojos que eran dos bolas de acero del tamaño de una cucaracha.

- ¿Qué hacemos? - se preguntó la masa flotando en la esfera arrolladora que formaba el destello de sus estrellas. Y uno dijo:

- Armémoslo como un rompecabezas y lo metemos a un museo.

Y otro se entretuvo:

- Y esas cosas de metal: ¿son los ojos a los coquitos?

- Quién iba a decir que el finado que parecía de fierro...

- Con razón llevaba esos lentes negros - concordaron.

- Bueno - insistió el más impaciente. ¿Qué hacemos?

- Lo que corresponde - dijo una anciana. Traigamos la escoba y vamos barriendo antes que se junten más moscas.

- ¿Me permiten? - dijo el autor del cuento, que estaba entre la gente. Y ahora que el planeta está limpio y fresco como la piel de una muchacha enamorada, ¿qué nombre le pondrá la gente del universo?

- ¡Por Dios que es tonto usted, poeta! - le dijo un niño que tenía una estrella del tamaño de un melón sobre la cabeza. ¡El nombre que tenía antes!

- Conforme - dijo el autor del cuento, acariciándose los bigotes. Pero los lectores, ¿cómo lo saben?

- Bueno - le susurró el niño. Por una vez sea original y deje que el cuento termine como una adivinanza.